

Ricardo Yrarrázaval debió quizás permanecer en su antigua casa y taller de Pedro de Valdivia, más protegido y seguro ante su reciente fragilidad de salud. O debiera estar disfrutando del paisaje, el aire puro y el mar en la comunidad costera de Los Chaguales, donde décadas antes y con un grupo de amigos artistas, los Balmes, Nemesio Antúnez, Zañartu y los neoexpresionistas después, construyeron casas junto a los roqueríos. Ahí vive su hija artista Carolina, donde teje sus tapices minimalistas con resonancias precolombinas, que la han llevado a exhibir hasta en Japón. Es una de las maestras en ello en el país. Ambos son muy unidos. Pero Ricardo no está con ella. A sus 93 años, optó por seguir trabajando y exhibir nueva obra digital, de los años 2022 y 2023. Y a pesar de su personalidad retraída y de su problema respiratorio, fue varias veces a supervisar el montaje de sus 21 grabados digitales en D21.

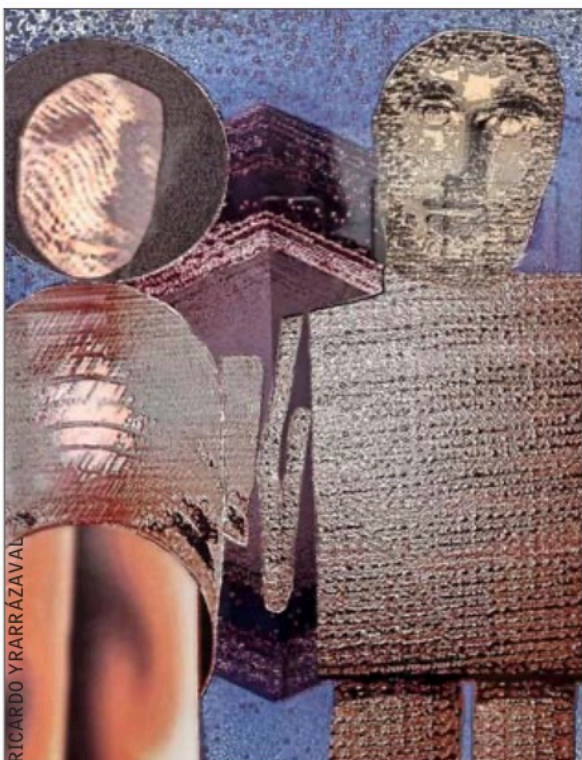
Durante la inauguración se vieron amigos, seguidores suyos (son numerosos) y hasta compañeros de generación que aún están en plenas “funciones” como el escultor, premio nacional de Arte, Federico Assler, quien llegó desde el Cajón del Maipo.

Ricardo Yrarrázaval permaneció toda la pandemia —un tiempo que le fue especialmente difícil con su señora enferma, quien luego falleció— pintando en digital en el primer piso de su casona, ya no en el gran taller ubicado en la buhardilla. Esta técnica la viene desa-

NUEVOS MEDIOS | Más experimentación

Ricardo Yrarrázaval y su pasión digital

En D21, este maestro del arte —tantas veces postulado al Premio Nacional de Arte—, a sus 92 años, expone nueva obra en digital, en donde sigue el ser humano como eje. La ironía y el juego se entretajan.



Ricardo Yrarrázaval. Pintura digital 2023. Los volúmenes y texturas reviven aquí

rollando en forma genuina desde hace más de 20 años. Fue pionero en ello y resultó algo sospechoso, entonces, en el arte, más aún tratándose de uno de los pintores más sólidos y serios de la escena nacional, también ceramista, escultor, dibujante y grabador. Pero se arriesgó una vez más y logró el reconocimiento de la crítica más estricta. Mantuvo su iconografía poblada por el ser humano, por rostros, parejas, sumergidos en una “atemporal” actualidad y en un existencialismo que cruza lo profundo con la ironía, a través de experimentaciones.

El crítico de arte Waldemar Sommer afirmó que “nadie en el país ha logrado la maestría en lo digital como él”. Otuvo el máximo premio a la trayectoria del Circulo de Críticos de Arte y varias veces el premio de la Crítica. En su obra digital recrea nuevas texturas y volúmenes. Pin-

ta trazos seudomatéricos y una paleta de colores que seducen al espectador.

Refresca su arte

La pintura digital refresca su mirada, sus imágenes y se complementa con su pintura anterior, entre las que se cuentan paisajes minimalistas (cerros y mares del norte) de especial belleza en los que también usó la geometría. Lo digital le permite dar, ahora, rienda suelta al color. Y reconoce que es donde “tengo la máxima libertad creativa”. Continúa con sus “invenciones plásticas”, que ha trabajado en el óleo, el acrílico, en técnicas mixtas, el volumen y en textiles. Le perturba la idea de repetirse en el arte. Y afirma que su trabajo en digital “sí es pintura y no corresponde a otra técnica”.

La nueva exposición es sobre pinturas digitales. “No son numeradas”, señala a “Artes y Letras”. Sigue su interés en la soledad del ser humano. Reaparecen caras absortas, interpeladoras, parejas extrañas, trazos de paisaje. Lo digital le ha permitido inventar nuevas texturas y efectos de volumen, algo que le apasiona. Y juega con los personajes, a algunos los sienta en solitario, a una pareja la inserta en una urbe; algunos rostros parecen mirar al va-

cío, otros solo observan. Intercala, como en un *collage*, piernas femeninas de un cuerpo o la imagen de un edificio.

Famosos fueron en sus acrílicos sus críticas al llamado arquetipo del Cuesco Cabrera en los años 80: por lo general, un corredor de la bolsa o un profesional “exitoso”, con los bolsillos llenos de dinero, pero vacíos en ideas y contenido, como analizó el historiador del arte y crítico Pedro Celedón. O esas mujeres refrescantes y regordetas en traje de baño, pintadas de espaldas al público, algo cercanas formalmente a Botero, pero más estéticas y con ese refinado uso del color que distingue al maestro Yrarrázabal.

Para su trabajo digital, pinta cada una de las piezas con lápices especiales. “Trabajo con Photoshop y uso el *mousse*, y también trabajo sobre una tableta digital. Uso el lápiz-*mousse* que puede transformarse en lápiz carboncillo, en pincel, en distintas brochas y también en spray de distintos grosores y texturas”. Él no se detiene, sumido en su silencio característico y con esa tímida calidez. Sigue con sus invenciones y aportes, subversivos en el arte también. Mientras tanto, muchos esperan que se le otorgue el esquivo Premio Nacional. Él se centra en su trabajo y en su familia.